

*stella quan*

**por la vida  
de la compañera  
alaíde foppa**

**I**  
Alaíde es uno de esos seres lindos, totorecos, que nacen alguna vez (pocas veces) para educarnos, para formarnos, para regocijarnos. Yo le decía que me disgustaba asumir que ella era la única persona que me daba órdenes y de quien, absurdamente, yo las recibía, rebeldemente y gruñendo cada vez, pero las seguía. ¡Claro! algunas veces yo luchaba con uñas y dientes por mis posiciones y, bueno, hay que reconocerlo, Alaíde también sabe perder, graciosamente. Una vez mi éxito fue total y voy a narrarlo: ella había llegado una semana después a Costa Rica, donde yo me encontraba en un congreso. Mejor lo cuento todo e inicio un nuevo párrafo.

Llamó y nos reunimos en el Museo del Oro, en San José, para comer. Como siempre, se había perdido algunas veces —yo unas dos o tres más que ella— pero ambas llegamos, más o menos, puntualmente; caminamos y de pronto se puso a observar el trencito de juguete que recorre la ciudad, me preguntó si yo lo había usado y le respondí que sí, que claro que sí, que era mi deleite cotidiano irme en él desde mi casa hasta Ciudad Universitaria. Ella quiso probarlo y nos subimos. El conductor nos dijo que sólo esperábamos a unos turistas gringos y que pronto nos iríamos; nos estuvimos riendo de las noticias de los mutuos hijos pero finalmente nos dimos cuenta que habíamos charlado más de una hora y cuarto y que los gringos nunca habían regresado y el trencito, en consecuencia, jamás arrancado. Nos fuimos en un taxi a comer platillos chinos.

Su orden: tú eres la china, tú escoges. Con la entrada no hubo ningún problema, la discusión feroz fue por el plato

fuerte. Pedí para ella camarones con brócoli e inmediatamente argumentó que no, que los camarones jamás iban con brócoli. Respondí que como ella bien sabía, la sangre china me viene del abuelo cantonés y que en mi casa, en casa de mis padres más bien, en donde se comía comida china por lo menos dos veces por semana, un plato usual, como los frijoles con tortillas, eran precisamente, el camarón con brócoli, y que es más, la primera comida que en mi vida comí completa, a los dos años, era exactamente, lo que había pedido para ella, es decir, camarones con brócoli (yo aquí exageré un poco la cosa). El camarero paisano (de mi abuelo) se acercó cuando percibió que habíamos llegado a algún acuerdo. Yo pedí camarones con brócoli para mí “y la señora le dirá lo que desea en un momento.” Trajeron lo mío, probó un poco de mi plato y carcajeándose ordenó: “camarones con brócoli, si tiene la bondad”.

Iba a ser la cena en su casa para celebrar que había salido su libro sobre Cuevas. Llamó la tarde de la cena: “vas a venir, ¿verdad?”. “Mira, estoy con unos pantalones viejos, así un poco como me visto siempre, puedo llegar como estoy ¿verdad?”. Respuesta: Bueno. . . como eres antropóloga tienes la excusa perfecta pero. . . siempre es mejor verte bella”. Sé perfectamente bien que no soy bella y se lo dije y sé también que lo que estaba haciendo era darme la orden de elegantearme, peinarme lindo, qué sé yo. Colgué. Decidí rebelarme de una vez por todas. Cuando se acercaba la hora de ir a la cena, llamé a la vecina que peina lindo, saqué el traje-cito gris que le encanta a mis hijos. . .

## II

En el libro de Osvaldo Salazar, *La Opera de los Fantasmas*, Premio Casa de las Américas, se tortura a un inocente. "Hijoeputa!. . . ¡vas a acabar en un sillón de ruedas! ¡Comunista maldecido! Y las muecas convulsas, apurando más patadas y más escupitajos, le hacen hundir en una pestilencia sin aire y sin luz. ¡Ponle la capucha!"

"Susto, no, asombro. Miedo, no, rabia. La tibieza de la sangre se le antoja fría en comparación con la calidez de Sylvia. Desconsolada victoria, rasgar el tiempo y el espacio, escapar sin escapar. Abismos, verdugos y distancias que se extinguen; los restos de una antigua caricia, lo hacen salir, sin salir, ileso. Invicto."

## III

Sales ilesa sin salir, Alaíde, sales ilesa, invicta. Estamos todos aquí, contigo, alrededor de tu mesa, comiendo lo que has cocinado para todos nosotros; estamos todos aquí, tus compañeras de *fem*, de AIMUR, de la Facultad, de la Coordinadora Cristiana, del Frente, del Comité de Apoyo, todos aquí Alaíde, todos aquí contigo y tú lo sabes, lo sabes bien; los restos de mil caricias te hacen salir y nosotros en grupo, jubilosos, te esperamos, aguardamos. ¡Vámonos Patria a caminar!, diría Otto René, ¡vámonos Patria!. Lo sabes y nos guiñas el ojo porque todos sabemos que lo sabes. ¡Vámonos Patria a caminar, Alaíde guatemalteca, mexicana, argentina, latinoamericana entera como tú lo eres!

¡Vámonos Patria, vámonos Alaíde a caminar!

¡Nosotros todos te acompañamos!

♪

